





# TÁRTAROS DE STOCKBORG



Puriq Santana

TÁRTAROS DE  
STOCKBORG



Primera edición: julio 2018

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Puriq Santana

© Ilustración de portada: Guillermo Camargo Fonseca

ISBN: 978-84-17362-70-6

ISBN digital: 978-84-17362-71-3

Depósito legal: M-14450-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





## PREFACIO

Este manuscrito se encontró en un pequeño y destartado apartamento y parece ser que sufrió varias transformaciones porque su autor lo cambiaba obedeciendo a su propio devenir y a las fluctuaciones que las circunstancias nos imponen. Al hacer la transcripción respeté su esencia y la forma que le es inherente, pero resultaba inevitable hacer ajustes, como usted, lector, los hará al encajarlo en su vida. Fractales somos los humanos, aunque extraño cada uno para sí y para los otros; si el universo está en todos los seres y cada quien es único y múltiple, solo se trata de develar uno para que se revelen muchos: es la misión de este relato.

EL COAUTOR.



Esta jornada de ficción  
es médula de realidad  
y con la percepción  
encontrará su verdad.  
Viajemos sin cohibición,  
casi con temeridad,  
dejemos la imaginación  
apabullar la obviedad.



«Enclavada en la región boreal,  
Stockborg es una creación mental,  
que con su implacable realidad  
nos determina con fatalidad».

Un tártaro<sup>1</sup>

---

1 Epígrafe escrito en el sobre donde se encontró este relato.



Silencio. Tenues sonidos de gaviotas en el centro de Stockborg. Nadie lo creería. Es el comienzo de esta crónica que probablemente no lo edifique ni lo lleve a parte alguna, pero le mostrará, de eso estoy seguro, este otro lado del mundo que usted no conoce pero sabe que existe. Todo cubierto de nieve. Allá al frente, al otro lado del agua, el Castillo Real y yo sentado en una banca lo miro y pienso, «¿para qué sirve este rey? ¿Qué hará en esa casa gigantesca, llena de salones vacíos? Bueno, al menos aquí sí hay baños, muchos, pero en Versalles, dicen que en época de los Luises no había y la gente se cagaba por ahí en cualquier rincón. ¿Cómo sería ese olor a mierda? Con la cantidad y exquisitez de comida que engullían esos apoltronados cortesanos franceses, bajándola con litros y litros de los mejores vinos, sin hacer nada, solo comer, beber, copular y defecar, además sin bañarse, puro perfume, que olor tan exquisito, mierda con perfume. Pero ese no es el caso. Genealógicamente nuestro rey es francés porque Napoleón puso al primero de ellos; pero afortunado que está aquí y no en Versalles o Fontainebleau, porque o si no le tocaría degustar ese olor todo el tiempo, de buenas el *gñevón* y de buenas su familia... Aunque a todo se acostumbra uno en la vida.

»Pero ni tan afortunado, porque ser rey de nada frustra el doble, al tratar de creerse una ilusión que ni suya es, tener una distinción de verdad pero de mentiras, recibirla y traspasarla a su prole sin saber por qué, toda una vida de zángano, llega un banquero judío de estos y le golpea la mesa en una cena de gala y él a comer callado; destino ingrato. Como el de todos nosotros.»

En esas andaba mi cabeza cuando se me apareció de súbito, sentado en una banca retirada, diagonal a mí, lejano, anodino, ropas sin color pero muy oscuras, inmóvil. Éramos los dos únicos humanos en ese sector del Parque del Rey. Cómo iba a imaginar entonces cuán cerca lo tendría y cómo iba a encadenar y desencadenar personas y hechos entre sí y sobre todo qué efecto tendría ese día en mi vida, tanto que aquí me tiene escribiendo lo que pasó de puño y letra para que usted lo lea. ¿Le parece extraño? Es una de nuestras fatalidades. Quién no es extraño para otro. Pero así va uno por el mundo, extraño entre extraños. A veces pienso que comunicarse es producto de la patología humana.

La vi acercarse con cautela, Elsie supe después que se llamaba la señora alta y delgada, con una bolsa de plástico y caminar pausado pero nada inseguro. Llegó hasta el borde del agua, sacó una salchicha y la partió en pedazos pequeños

con mucha destreza a pesar de sus gruesos guantes y el frío. Las aves revoloteaban. Comenzó a arrojar los pedazos de salchicha en diferentes direcciones; ellas se agolpaban al ritmo del instinto. Sacó otra salchicha y otra y otra más. Nuevas aves llegaban y cantaban su alegría en medio de la disputa y la trifulca. Juanito, tiempo más tarde nos conoceríamos, petrificado, con ojos desorbitados, miraba a Elsie repartir la comida en medio de dichas gaviotas.

Las salchichas se agotaban y los ojos de Juanito parecían querer salirse de su cara desenchajada e inerte; acuosos, anhelantes y envidiosos pasaban ahora de una ave a otra a medida que el alimento desaparecía entre sus picos y él permanecía completamente inmóvil, adosado a su banca, con las manos cruzadas sobre su estómago tan vacío que lo tenía pegado al espinazo, según me lo confesó después. De pronto saltó como un felino, pero ya en el aire se transformó en una gaviota cetrina que, con los brazos abiertos y un perfecto aterrizaje, cayó y giró alrededor de la señora para continuar el aleteo con vueltas en torno a ella, que con la bolsa en una mano y una salchicha en la otra lo miraba estupefacta al tiempo que giraba para tener siempre esta nueva gaviota en su campo visual. Las aves armaron algarabía ante la presencia del extraño congénere que cada vez más agitado movía sus brazos, haciendo círculos en torno a la benefactora de aves quien en sus setenta y varios años, no había visto un bicho tan raro como este. Pero ahora, al salir de su asombro reparó más en él y en lo poco que de su cara se veía debajo del gorro grasiento y vio el tinte de piel medianamente oscuro y facciones extranjeras. Claro, no podía ser otro, esta tierra se había llenado de ellos; llegaban por cientos para dañarnos el país. En medio del barullo me pareció oír varios sonidos guturales que acompañaban el aleteo y pasos de Juanito al girar y girar con la cabeza gacha mirando el piso.

Por fin ella se decidió. Anonadada partió una salchicha y le alcanzó la mitad que él tomó y engulló de un solo golpe deteniendo su frenesí. Las aves orquestaban el ambiente sobrevolándolos y gritando en señal de celebración, pero al mismo tiempo de mezquindad, les quitaban su comida, mientras Elsie, sonriente, sacaba otra salchicha y otra y él las tomaba una a una y continuaba su giro pero ya muy despacio, mirándola sin decir palabra mientras la caritativa dama lo observaba de forma cada vez más familiar, también girando sobre su eje, con el brazo estirado y una nueva en la mano para cuando terminara la anterior.

Se acabó la comida y se acabó el movimiento. Volaron las gaviotas hacia el brazo de mar que penetra esta parte de la ciudad, la mañana pasaba de blanco a gris y el ruido urbano volvía cuando de un salto me levanté, con el campanazo que me dio el inconsciente y me acordé que había cambiado el turno y ya estaba tarde para llegar al trabajo. Tenía colgado el cepo de la moral protestante. Sin

embargo, cuando corría, volteé a mirar y vi que se alejaban caminando hombro a hombro, las dos figuras negras proyectadas hacia el castillo y la Ciudad Vieja. Solas. Sin mucho decirse.

De todas formas perdí el trabajo. No por la llegada tarde; es que trabajar no ha sido mi fuerte, lo hago porque me toca. Pero mire cómo es la vida, si no hubiese sido así probablemente no le contaría esto, porque no sabría quién era él, no hubiera vuelto a encontrar a Juanito y a Elsie o no habría reparado en ellos y usted tampoco. Hubiera perdido la oportunidad de su vida. El hecho es que, días después estando desocupado y alegre, vagando por el centro de la ciudad, me encuentro en la Plaza de Sergel con Harriet, una estudiante de biología vecina con quien teníamos una relación distante pero amable; no había interés sexual de ninguna de las partes y la conversación fluía con naturalidad, sin ningún tipo de segundas intenciones. En pocas palabras me relató lo sucedido: «si sabes que ayer llegué al sauna con Marianne, muy relajadas, muy bien, nos desvestimos, entramos a la zona tibia y estuvimos allí un rato, luego pasamos a la caliente y todo delicioso, pero después de un lapso Marianne salió al guardarropa a buscar otra toalla, cuando vio de reojo una mano que salió de uno de los escaños largos que hay allí, se estiró más y dejó ver un brazo de hombre; ella grita asustada ante la aparición, corre hacia el compartimiento donde estábamos y yo, al oír tan estridente alarido, salgo rápido, nos estrellamos y generamos, creo, tal algarabía que la mano y brazo que ella había visto se incorporaron y vemos este hombre extranjero que salta frente a nosotras y grita algo, creo que en español; solo recuerdo que le vi los ojos desorbitados, mirada de loco y a medio vestir. Escapamos de allí sin ponernos nada, como estábamos, nos resbalamos, caímos en la nieve y gritamos angustiadas: ¡un sátiro!, ¡un sátiro!»

—¡Un voyerista! ¡Un sátirooooo! Se escuchaba de boca de las saludables muchachas que desnudas se alejaban raudas y se deslizaban sobre la nieve brillante de un día soleado.

El rumor cundió rápidamente. Un pervertido rondaba por el sector de ese conjunto de edificios de apartamentos para estudiantes y profesores llamado Rappis cerca a los predios de la Universidad de Stockborg y sus bosques y lagos aledaños. El terreno estaba bien abonado. La quietud y el silencio nórdicos, apreciados muchas veces y detestados otras, se mete tanto en las almas que estas, como reacción, piden con frecuencia a gritos acción o refriegas para salir del letargo, lo cual las predispone a cada una en su soledad a desear fervientemente cualquier indicio de cambio en la monotonía de la vida diaria y aquí estaba la gran oportunidad. ¡Qué mejor que un sátiro suelto! Exquisito plato para el espíritu soñador y romántico de las féminas y más tratándose, como se

decía, de un extranjero exótico. ¡Qué manjar! «Ideal para romper la desastrosa lógica que apabulla a estos hombres nuestros tan aburridos y predecibles», pensaban ellas y anhelaban poderse encontrar al sátiro, con miedo pero con mucha curiosidad. Comenzó la especulación que, para la mente inflamada de las muchachas y los celos reprimidos de los hombres del sector, no habría de durar mucho; aparecía y desaparecía en los corredores de los edificios, se agazapaba en la lavandería, especialmente en la zona de planchado, lo habían visto salir de apartamentos vacíos, vivía en una casa de verano en la otra orilla del helado lago Vitvatten y cruzaba a este lado a cumplir su designio, también tenía un cuarto secreto en el restaurante-disco, lugar estratégico para irradiar perversión; inclusive se llegó a decir que una zorra lo tenía escondido en su vivienda y se deleitaba administrándolo de tal forma que era ella misma la que en secreto manejaba la agenda, cronograma, mapas y estrategias del pretendido sátiro. Aunque de todo esto se hablaba sin hacer alharaca, porque la vida social de este país debe fluir sin excesos de ninguna especie, pues desdice de quien lo haga, llegó a tal punto la situación que una noche un apasionado candidato a doctor, en medio de la borrachera en el restaurante, se sintió traicionado por su amada y al parecer asumiendo que ella estaba enamorada del exótico, invisible y a decir de muchos, muy bien dotado espanto, gritó a voz en cuello que él lo mataría. Cuando algunas mujeres se enteraron del celoso vociferante, lo único que comentaron con frialdad fue: «A un imbécil así quién no le pone los cuernos.»

Dicen que de tanto pensar un acontecimiento se hace que este suceda y ese fue el caso de Marianne, la amiga de Harriet; pero casi siempre sucede es cuando no se espera y a Marianne la sorprendió de nuevo porque se previno demasiado. En el sauna ella había visto solo la mano del hombre misterioso salir debajo del escaño, tratando de incorporarse, el resto, que era la mayor parte, lo hizo su imaginación; más tarde, reflexionando sobre el hecho, el gusanito que tenía dentro empezó a crecer y ella se preguntaba cómo sería en realidad este hombre osado que quería ir directamente al grano, cuando estaba rodeada de tímidos y pusilánimes que no se atrevían a nada y que solo la o mejor, las, exasperaban, porque lo mismo decían sus compañeras. Tenía que ser atractivo, muy varonil, de ojos oscuros y profundos, recio, un semental. ¿Sería que ella era tan suertuda y estaba destinada a volvérselo a encontrar? Muy en secreto andaba alerta y escudriñaba todos los recovecos posibles del apartado Rappis sin obtener resultados. Llevaba su vida cotidiana con toda normalidad y asistía a sus clases en la cercana Universidad de Stockborg de manera puntual. Cuando estaba allí su mente se aquietaba y se metía en lo relacionado con los cursos y quehaceres propios sin muchas distracciones de otra índole; por eso iba y

venía desprevenida y en ese estado se encontraba cuando tomó el pomo de la puerta de uno de los pequeños y pocos frecuentados baños que existen en los corredores del ala sur, abrió y cuál sería la sorpresa cuando ve a este hombre cincuentón y trigüeño, con gorra y bata de noche sentado en la taza con algo, que ella no recuerda, sobre sus rodillas. El grito fue monumental y el salto aún mayor, por algo la gimnasia caracterizó por mucho tiempo a esta nación, cuando tiró la puerta y corrió por los corredores sin dejar la más mínima estela romántica tras de sí.

Esta vez sí fue irremediable. La captura de Juanito produjo un gran alboroto; tal que los periódicos escandalosos de la tarde sacaron la noticia en primera página, «CAE EL MONSTRUO DE RAPPIS», decía un gran titular del *Aftontidningen*, seguido de un artículo muy detallado y extenso en el que describían cómo este extranjero podría haber violado a varias mujeres, sin usar la palabra extranjero porque en ese sentido aquí se saben guardar las apariencias y ser elegantes para no aparecer como racistas y xenófobos, pero sí sugiriéndolo detrás de cada línea, de tal forma que todo el que lea ese periódico ya sabe y como es natural, su espíritu y su orgullo nacional se inflama cada vez más al saber cuántas de nuestras mujeres pudieran haber sido ultrajadas por este atorrante sin nombre, pero que nosotros sí sabemos se llama Juanito; que incluso, parece, intentó matar alguna. Claro que con un espíritu altruista muchas escribieron al periódico, después se supo, ofreciéndose para de alguna manera adoptar ese monstruo y direccionar su exuberante sexualidad por el buen camino porque sí tenía salvación y un gran futuro con cada una de las que lo querían para sí.

Parece que el único que no sabía que era un sátiro, un monstruo violador, era él, Juanito. Solo se enteró cuando el policía que tiempo atrás, en Rappis, había prometido que lo agarraría y quien, por deferencia de su jefe, recibió la presa como recompensa por su buena hoja de servicios, lo conducía por largos y blancos corredores iluminados con insoportables luces fluorescentes. Junto con otro colega lo llevaba a paso lento para poder decirle lo que tenía dentro. Lars Holmgren se llamaba el sabueso y en sus veintiocho años de vida no había realizado ninguna acción de importancia fuera del botellazo que una noche borracho, cuando estaba de vacaciones en su pueblo de Norrland, le propinó a otro joven por quien su novia lo había dejado y del cual salió bien librado. Ahora Lars alardeaba por tener bajo su custodia a este temido extranjero, aunque no hubiese sido él quien directamente lo capturó. De forma lenta y subrayando las palabras le hablaba a Juanito:

—¿De manera que tienen que venir aquí a nuestro país a molestar y a violar a nuestras mujeres, verdad? ¿Qué tal si nosotros fuéramos a sus países de mier-

da a hacer lo mismo? Lo más increíble es que no les baste con que aquí les demos todo y vivan como reyes a costa de nuestros impuestos, sino que tienen que dañarnos el país. ¡Miserables! Escoria es lo que son —miraba a Juanito que de cuando en vez levantaba la cara con los ojos vacíos sin comprender la perorata del guardián de la ley, quien con la cara inflamada cambiaba a veces la dirección de sus ojos para buscar la aprobación del compañero, que obtenía con un continuo y mecánico cabeceo de este, idiotizado por la situación.

—Claro y te gustan las rubias preciosas que tenemos aquí, porque seguramente por allá ni se verán. Cerdo miserable, ya te veré cuando te caiga la sentencia. ¡Esto va a ser un ejemplo a ver si limpiamos nuestra sociedad de toda esta mierda!

Al final del corredor se abrió la puerta de una oficina aséptica y de luz blanca e implacable donde estaba una mujer policía, de unos treinta y cinco a cuarenta años, sentada frente a una pantalla de computadora, algo todavía raro en muchas partes del mundo, pero aquí ya de uso común, como pioneros que hemos sido de los avances tecnológicos. La mujer policía lo miraba lela de arriba abajo tratando de encontrar la causa de la osadía de este hombre, que si bien la perturbaba también le creaba una curiosidad infinita al imaginar las delicias de un encuentro clandestino, súbito y desafortunado, mejor que aquel único que había tenido en su vida, en Grecia, tres años atrás y que nunca pudo repetir. Este debía ser de la estirpe de ese otro hombre anónimo que se fue como llegó, como un relámpago, pero que había dejado una marca indeleble en esta Lena Svensson a quien ningún hombre de su tierra había hecho feliz, pero que era de las mejores policías del país como lo demostraban las exaltaciones recibidas. Pidió a sus compañeros que se retiraran para quedarse a solas con el sindicado.

Con amabilidad distante le pidió a Juanito que se sentara, lo que él hizo como un sonámbulo. Con el consabido disimulo, no fue difícil para Lena mostrarse fría y desinteresada, muy profesional en estos tiempos despiadados de la eficacia y la eficiencia. Por dentro se moría de las ganas de entrar en confianza con este maravilloso espécimen latinoamericano que tantas andanzas con diferentes mujeres debía haber tenido, pues según decía en la pantalla de su computadora —y recuerde que ya todo lo decían las pantallas de la policía nórdica— había trasegado por varios países. ¿Cómo serían todas esas mujeres? ¿Qué les habría hecho? ¿Con cuáles habría establecido relación duradera? ¿Qué les atraía de él? ¿Y a él, qué le atraía de ellas? Sin embargo, con una mirada y una voz que para nada la traicionaban, como lo probaban las condecoraciones recibidas, le soltó a Juanito la gélida pregunta:

—¿Qué siente un violador de tu calaña?

Juanito, con la mirada en el vacío, no atinaba a contestar nada. Ni siquiera parpadeaba, embebido en otro mundo que para él era el verdadero, el real, el de la vida diaria que deseaba organizar y adaptar a la del país a donde había llegado después de voltear por otros, este país culmen de la civilización contemporánea, esta otra Europa que era y para muchos es aún paradigma de lo que llaman desarrollo. Ese era el objeto de sus continuos pensamientos y desvelos. ¿Cómo adaptarse? Esto según él mismo me lo contó después.

Pero la mujer que tenía al frente no entendía nada de eso, obsesionada como estaba por los excesos carnales. Lo miraba con frialdad técnica y escondía lo que de verdad sentía; pero lo escudriñaba hasta el fondo para encontrarle el alma. Se hizo un silencio prolongado que fue más largo para ella que para él, hasta que se vio obligada a soltar la siguiente pregunta, más inquieta como mujer que como policía:

—¿A cuántas ha violado?

Por primera vez «EL TERROR DE LAS MUJERES» la miró a los ojos de forma lánguida y cansada pero a ella se le antojó penetrante, implacable y arrebatadora, tanto que la hizo ruborizar, según ella misma creía. Pero Juanito solo veía la consabida palidez invernal de ese rostro inexpresivo y frío.

—Ninguna —contestó él con voz pausada.

Lena Svensson se comenzó a defraudar y la mujer policía se alteró al presentir que no iba a lograr el objetivo que le daría méritos ante sus superiores que en el fondo era lo que más le importaba en su -para ella- altruista oficio: defender la sociedad de toda esta escoria que trataba de dañar el placentero y muy organizado nirvana que era su país, cuando se le comparaba con el resto. A Juanito, por su parte, lo único que le interesaba en ese momento era descansar, comer y que le devolvieran su pequeña máquina de escribir que durante varios años lo había acompañado y que fuera de la ropa que tenía puesta era su única pertenencia. El sexo era ahora y había sido por varios meses, algo alejado de sus apremiantes necesidades y preocupaciones. En este momento él se preguntaba qué rumbo habría tomado su máquina, cuando de nuevo escuchó la voz de Lena que en forma de pregunta, pero dejando oír una pequeña inflexión de comprensión le dijo:

—¿Es que no me quieres contar porque soy mujer?

La pregunta lo sorprendió porque no había reparado en ello, más allá de la clara evidencia que tenía ante sus ojos y que para nada lo perturbaba.

—Es que lo único que he hecho es buscar lugares calientes para dormir y trabajar —le contestó con voz cansada, hilvanando la primera frase completa que pronunciaba en varios días.

En este momento la señora Svensson y la Agente Maravilla vieron en sincronía y con la velocidad de percepción que solo las mujeres poseen, el rostro demacrado, la figura gastada y la ropa raída de un no muy exitoso extranjero, «cabezanegra» además, que andaba por la vida con la única ilusión de poder disfrutar las delicias del mundo desarrollado que tanto debía amar, ese otro mundo que era como una campana de cristal en medio del gran mundo miserable. Era un perezoso más que vagaba por ahí entre la mierda que le llegaba hasta solo unos milímetros, micras tal vez, debajo de la boca, pensó en ese instante Lena y concluyó que el pobre diablo decía la verdad y además, al observarlo con atención, se podría pensar que había sido castrado.

Este se convirtió en un trabajo que no valía la pena, bastaría traer un par de esas idiotas gritonas, sentarlas y ponerlas a que, racionalmente, contaran lo sucedido y trabajo concluido; el resto ya quedaba en manos de la Seguridad Social y el Departamento de Inmigración. Cosillas menores para la agente Svensson que ya en este momento entraba en una de sus depresiones frecuentes.

Así salió Juanito del anonimato, si salir del anonimato es estar en los registros de la policía, en un país donde todo el mundo está en varios registros, pero digamos mejor que quedó con un pequeño subrayado, desafortunadamente pequeño, pero algo es algo, que le sirvió para progresar en la vida. «Progresar», verbo importante y de mucha significación, sobre todo si llega cuando se ha pasado la cincuenta, como en el caso de nuestro héroe. ¡Y pensar que se dice que los héroes son jóvenes!

De todas formas avanzó; hacia dónde no se sabe, pero avanzó porque a partir de ese día se conmovió el corazón de nuestra Madre Svea, quien decidió acogerlo en su regazo y arrullarlo como a un recién nacido; le proporcionó el calor que anhelaba y le devolvió su máquina de escribir. Como es costumbre, para eso somos efectivos y eficientes, el engranaje burocrático de Sveamark se movió de forma rápida a partir del informe policial y maternal realizado por la preclara agente Svensson que, como buen piñón, movió otros —¡quién iba a pensarlo!— en favor del cabezanegra a pesar de que este había defraudado a la policía y a la prensa por resultar ser un falso violador. Esta última, para acallar la avidez del gran público aletargado y deseoso de mucha acción mental, se tuvo que contentar con escribir «LIBRE SOSPECHOSO DE VIOLACIONES» y buscar algo nuevo en una mujer que, decían, se había quedado pegada a su perro.

Le entregaron su máquina de escribir y una citación para el día siguiente en la oficina de la Seguridad Social. Lena Svensson y Lars Holmgren lo acompañaron hasta la entrada misma del fortín de la policía y allí lo despidieron, no

sin antes recomendarle que se portara bien, que siguiera por ese camino justo y honesto que traía porque así, estaban seguros, le iría de maravilla en esta tierra de promisión. Juanito se despidió de manera cortés y se alejó con su única posesión en la mano derecha y el apresurado paso de persona atareada y nerviosa, hasta volverse, poco a poco, un punto negro y rápido que resaltaba en la larga calle blanca y desolada. Después de un tiempo de verlo alejarse, los dos vikingos voltearon al unísono, se miraron y sonrieron, porque, tal vez en el fondo, sabían que se lo volverían a topár. El mundo es pequeño.

Como hombre de retetes y socavones, algunos de estos lugares le eran más o menos familiares y en varias ocasiones le había tocado compartirlos con drogadictos y homosexuales prostitutos, por razones que como usted comprenderá son puramente prácticas, pero que no le ocasionaban ningún problema pues cada quien iba a lo suyo. Fue a uno de esos baños públicos de la Estación Central a donde se dirigió, inmediatamente hubo salido del búnker. A pesar del hambre y la falta de sueño, sin importar le las manchas de sangre dejadas contra las paredes y la taza por los ansiosos jeringazos fallidos del último usuario, se quitó el abrigo y se bajó los pantalones, pero en lugar de hacer sus necesidades, que no tenía pues su estómago llevaba vacío un buen tiempo, tomó su máquina, la colocó sobre las rodillas, sacó la única hoja de papel que le quedaba y aunque su estado mental era agitado y febril la enrolló con sumo cuidado. El tecleo lo realizó de forma pausada, usando además todos los dedos de las manos con mucha destreza. Escribió como de costumbre el título en mayúsculas «VIDA COTIDIANA» —en español— y «DAILY LIFE» —*in english*— pero dada la premura y la falta de papel decidió obviar la versión inglesa del artículo de hoy y continuó:

«Esta columna se escribe diariamente sobre el acontecer del suscrito y hoy debo decir que tengo sentimientos duales, pero quiero anticipar que priman los de agradecimiento por este país y esta sociedad sobre los de ira o disgusto. ¿Por qué? Me llevaron a la policía en Kungsholmen por acusaciones sin sentido, pero por otro lado yo los comprendo muy bien, no podían hacer otra cosa, tienen que cuidar nuestra casa y eso fue lo que hicieron, cuidar nuestra casa, cuidar los ciudadanos, cuidarnos a todos...». Iba en este punto cuando unos golpes en la puerta lo sacaron de su escrito.

—Abre porque se acabó tu tiempo. Tengo que entrar con un cliente —le dijo la voz meliflua de un joven que no paraba de golpear e hizo que Juanito pensara que tendría que continuar después porque el respeto por el tiempo y el derecho individual aquí es sagrado. Sin decir palabra empacó la máquina, se levantó, se acicaló y salió para dejar el turno al siguiente usuario, como mandan las normas de convivencia.

Ese resto de día lo pasó Juanito recorriendo varias tiendas por departamentos ubicadas en el centro de la ciudad, donde el clima era agradable y además podía relajarse, encontrar solaz y cosa para nada secundaria, distraer el estómago, tarea difícil para la cual él había desarrollado un talento acumulativo especial. Después de la hora del cierre se decidió por las salas de espera y los pasillos y corredores de la Estación Central de trenes y los que unen a esta con la estación del metro contigua. La perspectiva de la cita que tendría al día siguiente le daba aliento y calor interior; la esperanza unida a la credulidad que el cosmopolita ciudadano Juan profesaba por el engranaje eran la mejor salvaguarda contra las incomodidades que él de ninguna manera consideraba desventuras, de eso no había por aquí.

La oficina de la Seguridad Social de Luntmakargatan estaba repleta cuando llegué. Me quedé un tiempo de pié, embebido en mi situación y lo que le diría a la o el asistente que me atendiera, porque el engorroso proceso me era desconocido y la situación no era fácil. El orgullo de esta sociedad es al mismo tiempo su vergüenza, pues venir por aquí es considerado degradante, por decir lo menos, porque significa que no has podido por tus propios medios solucionar la situación económica y debes acudir a la caridad de La Tía, esta tía bondadosa y comprensiva que tanto te quiere y no te desampara, para que puedas sobreguar y agradecer que, afortunadamente, estás aquí y no en otro país donde ella brilla por su ausencia, donde el desamparo campea sobre millones de seres condenados antes de nacer, gracias a siglos de colonización de los que por ello mismo se pueden dar el lujo de tener tía; algo tacaña pero se le perdona.

De esto se aprovechan, porque imagine usted una persona del común en Latinoamérica o un africano o asiático promedio, cuando siente la acogida de esta Tía: el paraíso. Una fecunda imaginación no podría visualizar nunca a Colombia o Guatemala o Chad o Togo o Birmania con tía, ¿verdad? Bueno, por estos lares se ha sabido utilizar esto muy bien; claro que con el transcurrir del tiempo La Tía se ha vuelto más magra y más tacaña a decir de expertos y trasgados sobrinos y sobrinas. Pero ojo; la mayoría de los que venimos aquí no somos extranjeros, la gran mayoría está compuesta por nacionales y son ellos los más agradecidos porque qué tal que vivieran en uno de esos paisitos llenos de millones de pobres donde no hay parienta alguna... «Ni pensarlo. Afortunadamente estamos aquí y no allá; como sea es mejor», dicen todos. Pero el sentimiento de vergüenza y frustración que los embarga es mayor que el nuestro. Aunque nosotros también sabemos que es mejor aquí que allá.

Como usted recuerda yo había perdido mi trabajo y gran paradoja, perder el trabajo en el mundo actual es muy fácil, es un drama y es un deshonor, increíble pero cierto, eso pasa al dejar de ser un esclavo moderno porque en la mayoría de los casos los trabajos realizados no nos gustan, son mal pagos y son causa de alienación y angustia, pero cuando los perdemos, ¡qué desconsuelo!, ¡qué tortura!, ¡cuántas zozobras! Pero qué bien ha sabido su postmodernidad utilizar nuestra fragilidad y nuestra credulidad, esos dos pilares sobre los que han construido este andamiaje aterrador que llaman Civilización y que poco a poco cava su propia destrucción. Porque también nosotros, aunque frágiles y crédulos, aprendemos y nos hacemos fuertes, como lo hemos hecho, con paciencia, para, no digamos engañarla, pero sí aprovechar, con cariño, claro está, las bondades de nuestra Madre Svea.

En ese momento todavía tenía algunos remilgos frente al hecho de ir a esa oficina y sentirme paria, que lo era y tal vez lo soy, como casi todos los allí presentes en esa hora temprana de la oscura mañana boreal. No había aprendido aún la lección ni desarrollado la capacidad de tratarme de tú a tú con La Tía y jugar el juego con mis propias cartas. Pero la vida enseña.

Sin muchas cavilaciones como esta que hago aquí y ahora, vi un puesto que quedó vacío y fui a sentarme, esperar turno y de paso observar a mis congéneres y a que ellos me observaran, porque en este mundo es inevitable.

Mujeres y hombres pálidos y herméticos éramos los que estábamos allí, sentados todos como figuras de cera sin chistar palabra; cada nuevo sobrino o sobrina que llegaba lo hacía de forma sigilosa y se ubicaba en el rincón más escondido que encontrara, esperando el momento oportuno para aprovechar el primer asiento que quedara vacío. Se podía escuchar el sonido de algún periódico, uno que otro murmullo, algunos pasos y las palabras cortas y suaves de funcionarios y asistentes sociales que se deslizaban aquí y allá y entraban y salían de diferentes oficinas. Solo la voz de la funcionaria que a través del parlante leía el número de la ficha que cada uno de nosotros tenía y cuyo turno para pasar a donde su asistente asignado se escuchaba nítida y sonora e inclusive alegre, pensaba yo, como el cheque que ayudaba a paliar la incertidumbre de la existencia. Quiero aclarar, para que no se me juzgue como mentiroso, que esta distribución del espacio cambió después, de tal forma que ya los usuarios –denominación burocrática que tal vez va más con los tiempos que corren, pero nosotros seguimos siendo sobrinos- no se ven entre sí, sino que, repartidos en compartimientos se perciben mutuamente aumentando la sensación de misterio y curiosidad, pero disminuyendo notoriamente la de culpabilidad que se mezcla con complicidad.

Después de un rato me hundí en una lectura cuando percibí de soslayo a alguien que se sentó diagonal a mí, levanté la cara y vi que era otro extranjero que de inmediato esquivó la mirada, muy al estilo de aquí, lo cual me despertó un asomo de curiosidad y cierta extrañeza que no me impidió continuar con el libro, aunque instintivamente atento a ese hermano de condición. De igual forma sentía que él me miraba de cuando en vez furtivamente y yo hacía lo propio, con ánimo de mi parte y recelo de la suya. La mujer madura y demacrada que estaba a mi derecha paseaba su mirada intensa y con odio de uno a otro de estos dos extranjeros, cabezanegras, que habían venido a su país a quitarle el pan de la boca y no contentos con eso se sentaban orondos, con mayor soltura que cualquier sveanés. ¡Qué desfachatez! Bastaba con mirar al par de miserables para percatarse de su abyección. Que descaro, venir aquí a La Social a que les den como me dan a mí. ¡A mí! Que soy una sveanesa pura. ¡Asquerosos, debían acabarse todos y también sus paisitos de mierda!

Yo sentía la acariciadora expresión del rostro de la mujer aparentemente sin inmutarme, aunque cierto cosquilleo me corría por todo el cuerpo, pero procurando no saltarle encima y ahorcar esa perra rabiosa que, aunque no ladraba ni echaba espuma, nos miraba con el odio que brotaba del fondo de su miseria.

El recién llegado, sentado frente a mi adorable vecina, tenía la mirada gacha y se mantenía perfectamente inmóvil, al parecer absorto por completo en otro mundo. De cuando en vez levantaba los ojos y se encontraba con los dulces y lípidos de la hiena que insistía en dejarlo allí fulminado, pero sin obtener contacto alguno pues, para él, ella era transparente. Debajo de su grasienta gorra de paño a cuadros, los ojos saltados y acuosos de indio o paquistaní no hacían foco en ninguna parte, aunque bien claro era que de lunático no tenía nada y sí todo de terrenal. Decepcionada entonces por la pérdida de energía en semejante armatoste, la adorable dama volvía a mí para descargar en este perfil extranjero toda su rabia y su miseria, mientras esperaba el arrullo de La Tía, de Nuestra Tía.

A mi izquierda un joven drogadicto, con la barbilla pegada al pecho, retorció brazos y manos incesantemente y cruzaba y descruzaba las piernas estiradas a ritmos diferentes, como si miembros superiores e inferiores tuvieran vida propia e independiente. Frente a él un hombre viejo, flaco y pálido, lo miraba y miraba a su alrededor de forma obsesiva sintiendo pena ajena, sintiéndose culpable por el joven, reclamando a gritos, sin abrir la boca, ayuda o si no la había, al menos solicitando con la mirada que de alguna forma lo sacaran de allí, lo desaparecieran de su vista porque no lo podía soportar. No; era intolerable; estaba desesperado. ¡Por favor, clamaban sus ojos, quítenmelo del frente mío, no me aguantó más!

Todo esto pasaba en absoluto silencio en la repleta sala de espera, como ya dije, con pequeños sonidos aquí y allá que lo acentuaban y hacían el aire más caliente y opresivo aunque a través de las ventanas se percibieran los quince grados centígrados bajo cero. La única voz que se escuchaba cada tanto era la de la funcionaria que leía el número que en la recepción entregaban a cada uno de nosotros, tártaro o no tártaro.

¿Qué es un tártaro? A través del relato lo sabrá porque es un espécimen de difícil definición pero que, le puedo asegurar, está en todas partes, de pronto tiene ahora uno a su lado o muy cerca o tal vez usted mismo o misma es tártaro o tártara. ¿Por qué no? O lo ha sido una o varias veces en la vida. Es perceptible pero no definible. Como todo lo profundo y complejo un tártaro se siente, se intuye, se olfatea pero no con la nariz, se ve pero no con los ojos, no se puede racionalizar. ¡Cómo se va a racionalizar un tártaro!

Continuaba este ambiente de quietud aparente que escondía la ebullición de todos los espíritus allí presentes, cuando apareció por el acceso principal a la sala, como una tromba, un hombre alto, grueso, de bigote y chivera oscuros y ojos grises, con sombrero negro de ala ancha y una capa negra larga, que lo hacía aparecer como el estereotipo de diablo o personaje siniestro de historieta o telenovela latinoamericana, que en otro momento o contexto a más de uno de nosotros nos hubiera hecho sonreír o reír abiertamente. Caminó desafiante, golpeando el suelo con sus botas, lo que inevitablemente hacía que todos dirigiéramos nuestra atención hacia él. Llegó hasta el mostrador donde estaba sentada la funcionaria que leía el número de la ficha del turno y sin mediar saludo ni palabra, golpeó la madera con una fuerte palmada al tiempo que gritaba en *sveanés*, «¡plata!» La muchacha, sorprendida, saltó ligeramente en su asiento, lo miró y volvió a bajar la vista; sonreía nerviosa y levantaba de nuevo los ojos. El hombre, de pie, suplicante pero al mismo tiempo implacable, clavaba en ella su mirada, golpeaba de nuevo el mostrador y repetía la palabra mágica, «¡PLATA!»

Los presentes, sorprendidos y nerviosos, nos mirábamos y algunos mostraban a través de un rictus lo que parecía ser una sonrisa. El hombre del sombrero, parado frente al mostrador, con los brazos en jarra, recorría con sus ojos la audiencia mientras vociferaba a grito entero palabras en un idioma eslavo, checo o polaco, con muchos sonidos «ch» y del cual yo solo identificaba el vocablo «curva», que cada dos segundos salía de su boca, acompañado por una buena cantidad de saliva y frecuentes giros de su cuerpo para palmotear el mostrador. La larga diatriba era cortada periódicamente por la única palabra que expresaba en *sveanés*, con fuerte acento y una nota más alta, esparciendo una mayor cantidad de saliva, puños levantados hacia nosotros y más golpes al mostrador de

recepción: «¡Plata!» Se oía perfectamente la palabra que aquí nos tenía sentados a todos y que ha sido, es y será, probablemente por mucho tiempo, la necesidad por excelencia pero también la promesa de entrada a las delicias del consumo y clave de la siempre esquiva felicidad. Cada vez que la palabra retumbaba por toda la sala, «plataaaa», dicha por el para mí ya denominado mentalmente Herr Yiri, todos clavábamos la mirada en el suelo, con vergüenza algunos e incomodidad los otros, ante la osadía o desfachatez de este escapado de lo que aquí se ha difundido como el infierno comunista. El vil metal por el cual todos estábamos allí tiene esa característica: hay que nombrarlo solo si llegare el caso, entonces se debe hacer con mucho tacto, con mucha elegancia y distinción, por ejemplo entre caballeros ni se menciona, es la regla de oro de la etiqueta de nuestros tiempos, por ello la un tanto exaltada exigencia del señor Yiri se sentía fuera de tono, más cuando el sentimiento existente en nuestro Estado de Bienestar, vuelvo a repetir si ya lo dije, es dual, pues por un lado es el orgullo de poder ayudar al desempleado y al marginado y por el otro es la vergüenza de tener que vivir de la caridad, en un país que se precia de ofrecer todas las oportunidades. Esto se condimenta con el postulado establecido de que los extranjeros que aquí estamos, vivimos de esa Seguridad Social, nuestra Tía, sin tener que trabajar, pasándola muy bien y quitándole el pan a los nacionales. Pero hay extranjeros de extranjeros, los dignos como Yiri y los otros. Era evidente la desazón producida por el checo y su poco elegante forma de solicitar eso... dinero. Claro que aquí juega en favor del renegado un atenuante que, aunque pudiendo parecer pequeño, es muy significativo: los inmigrantes o refugiados o escapados de Europa Socialista, pobrecitos, han sido considerados como reyes y tratados en concordancia. Es más, se incentiva la salida de ciudadanos de esos países de muchas formas, sobre todo si ellos son intelectuales o artistas, pero también, por qué no, uno que otro mafiosito entreverado para ponerle sal a la vida. Cuando llegan a lo que allá llaman «El Oeste» o «El Occidente», dicho así con mayúsculas y la boca llena, se les tiende el tapete rojo y se les ofrecen las mejores prebendas a lo cual ellos responden como nuestro amigo, con más exigencias, como dicta la tan vilipendiada naturaleza humana. Toda la maquinaria de propaganda de Sveamark, que no es poca cosa, ha estado siempre dirigida al desprestigio de ese submundo de países socialistas, del Este, con la debida dosis de hipocresía. No poca labor han hecho nuestros servicios secretos —y no secretos— en Berlín, Praga, Budapest, Varsovia, Sofía, Bucarest y Moscú obviamente, dando como resultado este maravilloso espécimen que aquí tenemos pisoteando literalmente la sala de espera de La Tía, exigiendo con poca delicadeza su «¡plata!»

En el salón solo se escuchaba, sonora, la excelente puteada que el injustamente tratado caballero esparcía sobre nosotros. Como para él las colas eran cosa del comunismo, o sea que aquí no existían, y no sabía sino una palabra en *sveanés*, que usted ya sabe cuál es, era natural que nos hiciera conocer su descontento con La Tía, por haberlo hecho venir desde su pueblo de Moravia hasta aquí a recibir dinero capitalista y ponerlo a sacar ficha, esperar turno, firmar, hacer cola y hablar con los asistentes sociales a través del intérprete; era demasiado para alguien tan importante. Cualquiera lo entiende.

Durante este lapso intercambié un par de miradas con mi colega de la cachucha a cuadros, muy rápidas y significativas a manera de comentario natural y hasta con envidia, diría yo, con el colega de pie que sin andarse con ambages estaba poniendo en su lugar a todo Sveamark —y de paso a todo el mundo capitalista desarrollado—, algo que nosotros no nos atrevíamos o no podíamos hacer, aunque quisiéramos. Eso pensaba yo, pero luego comprobé cuán lejos estaba ese pensamiento amargado del de mi vecino.

La adorable señora a mi lado estaba completamente rígida, estupefacta, con la boca abierta, pero abierta de verdad, mirando el lugar desde donde el futuro capitalista Herr Ondricek nos daba una lección de dignidad, comportamiento, coraje y ecuanimidad. Este hecho sirvió para que nos quitara los ojos de encima y los mantuviera fijos allá donde estaba sucediendo la acción y luego donde había sucedido. No volvió a cerrar la boca. El señor que estaba frente a mí descansó y dejó de torturarse con nuestro querido heroinómano que, este sí, continuaba sin inmutarse pues no estaba enterado de nada de lo que pasaba. Pero como no hay felicidad completa en la vida, el liberto de Europa Oriental iba llevando poco a poco al escrupuloso señor a un estado culmen de angustia que no podía evitar; al fin y al cabo por algo o alguien había que sufrir.

Así de plácido estaba el ambiente cuando tres asistentes sociales aparecieron por sendas puertas y se acercaron a tratar de consolar y guiar al energúmeno, descapitalizado y ultrajado Herr Ondricek que continuaba gritando y echando llamas por los ojos y de cuando en cuando el abracadabra, la única palabra comprensible para los que estábamos en la sala: «¡plata!»

Sí, como ya se habrá podido dar cuenta eso era lo que él quería. ¿Raro verdad? Y lo quería de forma instantánea, sin demora alguna. Resulta que a la primera palmada sobre el mostrador y al primer grito del nuevo inmigrante venido a disfrutar las delicias del paraíso, los y las asistentes sociales desaparecieron deslizándose sigilosamente por los corredores y refugiándose en sus oficinas para evitar la tormenta. Ahora, habiéndose puesto de acuerdo por los

téfonos internos, venían a consolar al pobre señor al que molestaban las colas y los papeleos.

Eran dos hombres y una mujer que llevaba la voz cantante. —Ven aquí por favor—, le decía con el tuteo inmediato que aquí es costumbre—. No te preocupes, que tú no tienes que llenar papeles, —continuaba mientras uno de los hombres traducía. El hombre venido del infierno, de inmediato más sosegado, se dirigía a la mujer asistente en su idioma y en un momento, al final de cada frase, infantil y suplicante le preguntaba en *sveanés*, —¿Plata?—y ella le respondía— ¡Sí, sí, plata!

Al cese de los gritos y después que el cuarteto hubo desaparecido por el corredor, un respiro de alivio se sintió entre las sesenta o setenta personas que estábamos en la sala; la voz de la funcionaria que anunciaba el número de nuestras fichas, se oía ahora de una forma mucho más límpida y armoniosa, prometedora, nos daba confianza al invitar a cada uno de esos números a hablar con esa mujer u hombre, que tenía el poder de proveernos el salvavidas para mantenernos a flote. La perspectiva de no hundirse alegra la existencia.

Se comenzaron a oír nuevos murmullos y por afinidad natural dirigí la vista a mi colega extranjero tercermundista, sonriente, con el ánimo de hacer algún comentario, pero él me miró y me esquivó impávido. «A este se le prendió la mezquindad y la misantropía y además no quiere saber nada de cabezanegras», pensé, con mi sonrisa congelada. Pero fue ahí, en ese momento, cuando reparé bien en la faz bajo la gorra a cuadros y tal vez fue la gorra misma, la que me trajo a la memoria la imagen de este «coequipero» desconocido que en alguna parte había visto antes. Sí, me llegó la imagen de la gaviota humana en el Parque del Rey, dando vueltas alrededor de la señora que repartía salchichas a las aves. Era él y lo tenía ahora sentado al frente mío en la oficina de la Seguridad Social. Veía sus brazos convertidos en alas y su mirada ansiosa de pupilas rotatorias, mientras giraba en busca de su salchicha.

Seguramente la forma en que yo lo observaba a partir del recuerdo que me llegó era tan extraña que se sintió incómodo, sacó una parte de un periódico que llevaba en el abrigo y lo abrió pretendiendo leer pero mirándome de reojo. Como se comprenderá mi nivel de curiosidad era ya bastante elevado, por la, ahora puedo decirlo, afortunada coincidencia.

Vi que era un periódico en inglés, así que eché mano a mis conocimientos básicos en esa lengua, que sin ser idioma oficial aquí es como si lo fuera por exigencia del contacto con el resto del mundo, preguntándole más a manera de comentario ingenuo, —¿Hablas inglés?—a lo cual él respondió abriendo los ojos acuosos con profundas ojeras, que yo no había notado y volteando la cara

para el otro lado, con una pequeña mueca de desdén en la boca como diciendo, pensé yo, «¿este sí se pasa de güevón!» Fue ahí cuando sonó el altavoz, número cuarenta y cuatro, cuatro cuatro, y la adorable señora vecina mía se puso de pié y nos clavó sus ojos azules de nuevo, junto con un mohín que era un escupitajo para el par de ratas extranjeras asquerosas que venían a quitarle su dinero. Ante esta muestra final de cariño de parte de la dama, Juanito y yo nos miramos con complicidad por primera vez.

Qué suerte tener a alguien que nos quería a los dos por igual. A cualquier cosa nos aferramos los humanos para compartir la solidaridad cuando estamos en desventaja; queremos, necesitamos, buscamos estar solos, pero también, siempre, necesitamos al otro, así sea para maltratarnos. Destino incomprensible y contradictorio. Nuestra querida señora, la cuarenta y cuatro, tomaba de nosotros a través de su odio profundo, una razón para vivir, pero al mismo tiempo y sin proponérselo, establecía entre estos dos cabezanegras un vínculo de solidaridad y aprecio que continúa intacto. Se dice que las cosas grandes o pequeñas solo se piensan en soledad y es probable que sea así, pero se concretan cuando otro u otros seres ajenos a nosotros las comparten. Eso fue lo que nos pasó a Juanito y a mí donde La Tía de Luntmakargatan, porque de lo contrario usted no estaría leyendo esto y ni él ni yo existiríamos. ¿Cómo íbamos a existir sin usted?

—¿Eres indio o paquistaní? —le pregunté de nuevo en inglés a lo que me respondió con menos aspereza:

—No.

—Pero pareciera —le contesté rápidamente para no dejar escapar esta oportunidad de entrar en contacto con el hombre-gaviota que me intrigaba, me simpatizaba y por qué no decirlo ahora con sinceridad, me causaba admiración después de haberle visto esa jugada maestra, digna del malabarista de la vida que yo no era ni soy.

—Mira, de todas partes creen que soy. Cualquier pelagato me ve y cree que soy del país de él o inclusive de por allá del pueblito donde ha nacido. Estoy aburrido con esa vaina.

Yo no me esperaba una frase tan larga de su parte y esto me sorprendió, me animó y me permitió escuchar un acento que, aunque no muy claro y definido, si se percibía ser del idioma español, lo cual, aún no sé por qué, me sorprendió.

Se oyó en ese momento la voz femenina en el parlante que decía «cuarenta y siete, cuatro siete», a lo que Juanito reaccionó con destreza felina y hambrienta, dejándome con la palabra en la boca y llegando al mostrador en dos saltos,

donde lo esperaba, muy seria, la asistente social que distante pero amable, por lo menos en apariencia, lo encaminó a un cuarto en uno de los corredores.

—Siéntate —le indicó, mi nombre es Britt Marie Nyman y soy tu asistente social.

Obediente y recatado se sentó Juanito en el filo de la silla.

Sin levantar los ojos hacia el implicado, llamémoslo así porque si le decimos cliente, como se acostumbra hoy día, pecaríamos por descorazonados e indecorosos, Britt Marie solo miraba los papeles que tenía sobre su escritorio mientras le hablaba muy despacio y con exceso de buena pronunciación para que le entendiera —yo, me, llamo, Britt, Marie, Nyman, y, soy, tu, asistente, social, he, leído, tus, papeles, y, veo, que, llegaste, aquí, desde, Francia, donde, te, negaron, el, asilo, ahora, tienes, el, pasaporte, azul, que, te, dan, las, Naciones, Unidas, luego, de, que, te, despojaron, de, la, ciudadanía, de, Estados, Unidos, donde, viviste, varios, años, después, de, haber, llegado, allí, de, tu, país, de, origen, Colombia.

Por fin Britt Marie lo miró para decirle en tono sobreprotector y caritativo, —te, fuiste, de, Estados, Unidos, para, que, no, te, mandaran, a, Vietnam, ¿no, es, cierto?

—Sí, así es —le contestó Juanito de forma expedita.

—Después, desapareciste. ¿Cierto?

—Sí, así es.

—Yo, comprendo, cómo, te, sientes —continuó la abnegada representante de La Tía, mirándolo con ojos lánguidos, de tal forma que cualquiera diría que en el instante siguiente estallarían en lágrimas. Afortunadamente no fue ese el caso, pero sin embargo repitió, —yo, comprendo, cómo, te, sientes, cómo, se, sienten, ustedes, yo, comprendo, que, debe, ser, terrible, vivir, fuera, de, su, tierra, natal.

A lo que Juanito respondió sin dudar un minuto, con pleno convencimiento—. No, de ninguna manera a mí me gusta vivir aquí, yo me siento muy bien, creo que este es el mejor país del mundo, no podría pensar vivir en otro país mejor que este. ¡De verdad que sí! —corroboraba nuestro colombiano, completamente desinhibido ahora, moviendo inclusive sus manos y alzando la voz hasta un tono sorpresivamente alto, que al parecer no convenció a Britt Marie, porque comentó con una sonrisa muy leve—¿pero qué dices? Yo, comprendo...

Pero Juanito no la dejó terminar. Como si le hubiera tocado una de sus fibras más profundas la cortó y le replicó como el rayo

—¡Es cierto, yo me siento muy bien!, solo quiero que mi situación mejore y así todo queda perfecto.

Pero como cada uno tiene su mundo, nuestra Britt Marie tenía el suyo; así que sencillamente continuó sin escuchar lo que Juanito decía, eso sí, teniendo todo el cuidado y poniendo todos los énfasis para que él la entendiera:

—Pobres, extranjeros, tener, que, venir, aquí, tener, que, dejar, su, tierra, yo, los, compadezco, mucho, ese, es, el, gran, problema, ellos, creen, que, aquí, es, fácil, pero, en, realidad, es, difícil, hasta, para, nosotros, mismos, pero, pobrecitos, claro, que, aquí, es, mucho, mejor, que, en, sus, países, y, pensar, que, hay, tanta, gente, que, tiene, que, dejar, su, tierra, y, venirse, para, acá, es, una, pena...

Aquí Juanito la cortó como pudo, porque su capacidad de resistencia a la empalagosa perorata se había deteriorado bastante, oyendo a la que hubiera podido ser una excelente profesora de jardín infantil para retardados mentales y la increpó con un para él estruendoso, pero para ella apenas audible:

—No pero...—que Britt Marie obvió en forma tajante pero con dulzura y sin perder el ritmo—claro, según, entiendo, te, llevaron, a, la, estación, de, policía, acusado, de, ser, un, perverso, voyerista, y, hasta, violador, pero, tú, dices, que, lo, que, hacías, era, dormir, y, escribir, en, esos, lugares, porque, son, calientes, porque, puedo, ver, que, tú, no, has, trabajado, mucho, a, pesar, de, haber, pasado, los, cincuenta, que, ya, es, una, edad, significativa, para, volverse, uno, responsable, ¿o, es, que, en, sus, países, no, es, así?

Herido el héroe en su honor de periodista cincuentón, ahora con salud de sesentón, que además llevaba muchos años preparándose para trabajar, con orgullo le espetó de inmediato: —Sí he trabajado. Además te digo que soy periodista.

Pero, sin creerle, contestó La Tía por boca de Britt Marie, con la actitud caritativa y el tono protector con que ella trataría a un infante:

—Pero, qué, bien, te, felicito, sigue, así, te, vamos, a, dar, dinero, para, arriendo, comida, básica, y, transporte.

—Gracias—respondió el abnegado Juan y ella continuó:

—La, próxima, vez, vas, a, la, oficina, de, trabajo, donde, te, sellan, tu, tarjeta, y, la, semana, próxima, no, tienes, que, hablar, conmigo, sino, que, vienes, firmas, y, reclamas, la, plata.

«¿Qué descanso no tener que venir a oírle la cháchara a esta sveanesa de mierda!», pensó en un instante el desagradecido periodista. Pero adivinándole su pensamiento, la pulcra y honesta asistente social le dio su postre:

—Pobres, extranjeros, tener, que, venir, aquí, a, un, país, extraño, a, sufrir, pudiendo, quedarse, en, sus, países, para, no, tener, que, pasar, calamidades, pobrecitos...

«Cuántas veces tendré que decirle que yo me siento bien aquí y lo único que quiero es organizarme y disfrutar de las ventajas del desarrollo», pensó Juanito, pero no lo dijo sino que sencillamente se levantó y se fue.

No sé si era evasivo o sencillamente andaba de lleno en lo suyo o las dos cosas, pero el hecho es que desapareció como el viento, ese viento que lo había llevado por varios países y con el cual él mismo se confundía al volverse invisible en el continuo vagar sobre y bajo las superficie de extrañas ciudades anodinas e implacables, que no se percataban de su existencia.

Raudo salió directo para la Plaza de Sergel que es en la ciudad el corazón a donde llegan por diferentes venas y desde donde se redistribuyen por las arterias disponibles, todos los tártaros que aquí habitamos y los fluctuantes que arriban temporalmente o están de paso. Claro está que no todos vienen y van, hay algunos que allí viven y nadie tiene conocimiento que duerman en otro lugar, aún en el más crudo invierno, con excepción de la noche del veinticuatro de diciembre que desaparecen como por encanto. Ese ha sido y será uno de los misterios de Stockborg.

Quiero ubicarlo un poco en esta plaza central, porque es no solo el corazón sino también el cerebro de Sveamark; aquí se encuentra el parlamento, hecho de papel, aunque la mayoría de sveaneses, raizales o importados, piense que es de acero, pues por algo producimos aquí el mejor del mundo. Este edificio se encuentra flanqueado por el poder: los bancos más importantes del país; silenciosos y amenazantes vigilantes de acero, esos sí, que observan impávidos lo que sucede allá, en los pasadizos iluminados debajo de la glorieta que une cuatro calles y una peatonal y los corredores subterráneos que comunican la principal estación de metro con la estación central de trenes, por donde transitan y pululan miles de seres, la mayoría de ellos muy formales, correctos e ingenuos y los menos que buscan cómo paliar con drogas o alcohol el común denominador que a unos y otros los, nos, agobia: la angustia o la desesperación. También tenemos aquí las principales tiendas por departamentos que en funcionales edificios completan el coro, ofreciendo en sus productos, excelentes por demás, la felicidad a manos llenas... y al alcance de todos. En la mitad de esta glorieta y la amplia fuente que está en su centro, se levanta imponente una escultura de material semitransparente, alta y delgada, que con sus formas cilíndricas parece un monumento a la jeringa que utilizan muchos de los consuetudinarios habitantes del sector para eludir con una miseria el agobio de otra.

Debajo del parlamento, en el primer subsuelo, con amplias puertas que dan a la mitad descubierta pero más baja de la plaza, que es exclusivamente peatonal y punto de cruce de los miles de destinos grises que mencioné, se encuentra la

cafetería-biblioteca-sala de música de la principal Casa de la Cultura de Stockborg. Siempre cálida y acogedora, siempre llena, refugio de tártaros. Allí llegó Juanito proveniente de La Tía.

—Che Juan sentate, relajate y tomate un café. Si pudiera te cebaría un mate —lo invitó El Carnicero con su sonrisa y amabilidad de siempre.

—Sí, siéntese hombre—le complementó el poco efusivo Ricardo, oriundo del Altiplano Boyacense colombiano.

Sin aceptar porque no tenía tiempo, el rebuscador, llamémoslo así por el momento, les habló apoyando las manos sobre la mesa e inclinándose sobre ellos. —Necesito un cuarto de esos de estudiante, que son cómodos y bien acondicionados. Necesito establecerme para trabajar en lo mío y vivir como me merezco. Ya tengo con qué, así que no hay problema. Estoy dispuesto a pagar bien por el servicio.

—Che Juan, mirá que Camilo te arregla eso, vos sabés que es bien piola y no te cobra nada caro. Él se demora pero cumple. Yo creo que más tarde viene; bueno, si no está de fiesta hoy también.

—¿Te puedo pedir el favor de decirle?

—¡Claro che y para qué son los amigos!

—Bueno, me voy porque tengo mucho que hacer. Mañana vengo temprano —dijo Juanito a manera de despedida.

—Aquí estaré, vos sabés que me encontrás siempre. ¿No querés llevar algo? Tengo muy buena mercancía, exquisita, recién traída del frigorífico a la tienda. Lo que querás a buen precio —le ofrecía el argentino poniendo el corazón en sus palabras.

—No, ahora no, tengo que ahorrar —le contestó Juanito con premura y se alejó mirando a uno y a otro al decir adiós.

Ricardo, que había observado todo el tiempo sin decir palabra, como haciéndose el desentendido, moviendo los ojos maliciosos, comentó a su amigo mientras veía a Juanito alejarse: —No parece colombiano este costeño *güevón* que ni siquiera costeño parece. Dizque anda por ahí escribiendo artículos maricas que nadie lee. Como ese otro *hijueputa* que anda por ahí, también paisano mío, el Fernando, que dizque está haciendo una película pero nunca se le ha visto nada, ni siquiera una cámara. Parranda de *güevones*, por eso es que nuestro país está jodido —sentenció con propiedad.